

Hay momentos en la vida que no se olvidan, y en mi caso, uno de ellos fue el día que Basilio Rodríguez Cañada me llamó a su despacho para decirme que quería publicar mi primera novela. Recuerdo aquel miedo atroz y, a continuación, la fascinación, pues me di cuenta de que iba a tener la oportunidad de conocer a otras personas que habían experimentado lo mismo que yo.

Mi proceso creativo había sido de una intensidad desbordante y, aunque afectó a mis seres cercanos, lógicamente lo había vivido a solas, pues los dementes y perturbados suelen alejarse para perderse a sus anchas en su esquina... Y aquí estoy hoy, en El Cairo, fascinada con todos vosotros, amantes de la literatura y tímida ante otros escritores que como yo saben del tormento y el placer de ese proceso.

Respecto al miedo...Sigue ahí. Es el crítico interno que te dice que dejes de perder el tiempo, que no tienes el suficiente talento ni nada interesante que contar. El miedo a ser un simple impostor, que los demás esperen de ti lo que crees que no puedes dar. El miedo a tener que hablar en público...Nunca había sido capaz de hacerlo.

Pero, ¡ay como empiece a escribir! Dos primeras líneas hollando la página en blanco, tan solo dos, y ya he sido vencida. Atrapada. Prisionera de la historia que ha comenzado al otro lado de la puerta que acabo de abrir y de la que soy responsable, pues solo yo conozco su final. Es lo único que tengo claro al empezar tan ardua andadura y, aun así, nunca será tal como lo había imaginado, pues aunque mi propósito sea conducir a los personajes hacia la salida, suelo dejarlos libre albedrío.

Hay autores que antes de comenzar a escribir su historia la tienen previamente estructurada, de principio a fin, y otros que la van contando según se va creando, como es mi caso. Por eso me resulta tan emocionante, por eso de repente puedo estallar en una carcajada o romper a llorar.

Estoy convencida de que la creatividad forma parte de la naturaleza los que estamos aquí desde el momento en el que abrimos los ojos a este mundo. Yo he imaginado historias desde que tengo uso de razón y sigue siendo mi método de inducción al sueño. Pero una cosa es la imaginación y otra el proceso creativo, pues si bien la primera se queda dentro, el segundo crece, sale de nosotros y deja de pertenecernos.

Proyecto imágenes sobre el papel y me adentro en ellas. Plasmo un mundo no del todo inventado, habitado por mis personajes. Surgirán algunos que espero y otros que no, pero sentiré a través de todos ellos; de los que me gustan y los que no. Y solo cuando el primer lector sienta el latido de esa historia se habrá convertido en creación.

¿Y cuál es mi fuente de inspiración?

Quienes no escriben creen que necesitamos un lugar especial para inspirarnos, una vista al mar, una playa para pasear (esto es muy de película), un paisaje de verdes montañas... Como si la clave estuviera fuera y no dentro de nosotros. A mí, dadme una pared vacía frente a mis ojos y dejadme sola, porque lo primero que voy a hacer es desaparecer, olvidar mi entorno y trasladarme allí donde estén mis personajes. Veré el mar si uno de ellos lo está contemplando, y si lo describo, será a través de sus ojos. Tampoco elijo las historias que voy a contar; son ellas las que deciden por mí. Son semillas que están dentro ajenas a mi conocimiento y que de pronto germinan y estallan. Son esos hijos de tinta y papel de los que habla Basilio Rodríguez Cañada. Por eso las criaturas de cada escritor se parecen entre sí. Dicen que escribimos siempre la misma historia... En el ADN de las mías siempre hay nacimiento y muerte, que no considero como el final. No concibo el amor si no es intenso y al lector le haré viajar en el espacio y en el tiempo. Surgirá un ser sanador o mágico, porque forman parte de este mundo y, desde luego, el arte: la arquitectura, la pintura, la escultura y la música. Mi mundo es el emocional. Y es tal mi entrega durante la gestación que no puedo compartirla con otras vivencias, de modo que si en esta existencia que llamamos real me toca vivir una experiencia excepcionalmente fuerte, no puedo escaparme a esa otra realidad que llamamos ficción. Ojalá pudiera evadirme en muchos casos como algunos escritores. No puedo crear si mi corazón está en otro lado. De ahí mis periodos en silencio.

Comencé a escribir mi primera novela el año que me había dado de plazo para tener a mi segunda hija y, al llegar el mes diciembre, a pesar de la pasión en la que me tenía sumida la escritura, sabía que mi decisión implicaría pararla. Como así fue. Pero pasados dos años, con mi niña ya en la guardería, la virulencia con la que retomé aquella novela fue casi enfermiza. Los personajes me hablaban mientras conducía, paseaba o me lavaba los dientes; en la ducha y en el insomnio de cada noche. Pero solo cuando me sentaba frente al ordenador aquellas voces tejían la historia. Por eso era tan imperiosa mi necesidad de escribir y, disponía de tan poco tiempo libre, que arañaba los minutos. Hubiera gruñido al mismísimo Brad Pitt si hubiera osado presentarse en mi casa en uno de esos momentos que yo había atesorado para pasar al otro lado.

Pero si la gestación de cada hijo es diferente, también lo es el proceso creativo de cada obra literaria. El entorno, las circunstancias emocionales, la cantidad de información a recopilar, el grado de implicación. Puede que no lleguemos a escribir ni una sola nota autobiográfica ni a contar un solo hecho de nuestra vida personal, pero alguna parte esencial de nosotros mismos va a colarse siempre. A pesar de los esfuerzos, la escritura es un acto de autorrevelación.

Por supuesto no voy a hablar del proceso creativo de cada una de mis obras, tan solo desvelaré algunos detalles de Proserpina Infelice, por aquello de ser mi primera novela y la más autobiográfica, aunque lo que el lector suele creer como

real, es ficción, y viceversa. Mi amiga del alma había muerto en un accidente de tráfico dejándome una difícil tarea, la de desvelar un apasionante misterio que me llevó a retomar la escritura abandonada desde la adolescencia. Ya antes os he hablado de esa entrega enardecida y no era para menos. Habían pasado tres años de mi triste pérdida y volvía tener la posibilidad de estar con ella, de poder charlar y reírnos juntas. Imaginaba situaciones y experimentaba sus reacciones... Pero esa era la parte de ficción, porque lo que de verdad me exigía era la búsqueda real de la identidad de

una mujer extrañamente vinculada a mí: la modelo que posó con una granada en la mano para Dante Gabriel Rosetti, un pintor inglés del siglo de XIX. Por entonces no existía internet, las mejores librerías de Madrid no me aportaban la información deseada y sentí el impulso irrefrenable de viajar hasta Londres para disfrutar de su pintura. Necesitaba enfrentarme cara a cara con el lienzo original, y desde el principio, los hados se confabularon para que yo contara esa historia. Me adentré en el increíble mundo de los Prerrafaelitas, me metí en la piel de la mujer del cuadro, posé para Dante Gabriel Rosetti y me enamoré de él. Es por eso que muchos me llaman Proserpina y no puede ser más bonito. Según el mito, cuando Proserpina regresa a la tierra desde el inframundo, su madre, Ceres, genera la primavera.

He hablado de hados, sí. Porque una vez acabada una historia es difícil saber cómo la hemos escrito, pues parte del proceso pertenece al inconsciente. De ese miedo primigenio a no tener nada interesante que contar, yo me siento arrastrada a un mundo de frases nunca imaginadas porque quien habla soy yo, y los personajes que han surgido y crecido conmigo.